

Alexandra González Medina

*Las aventuras de Pico y Grillo
y unos amigos extraordinarios*

 Didot

Pico y Grillo y el hueco del árbol centenario

Era un día gris y lluvioso en el bosque. Las gotas caían una tras otra, haciendo ploc, ploc sobre las hojas de los árboles. Pico y Grillo volaban apurados buscando un lugar donde resguardarse.

—¡Por allí! —dijo Grillo señalando un enorme árbol centenario, tan viejo que parecía haber visto pasar mil historias.

Se refugiaron bajo sus gruesas ramas cuando Pico notó algo extraño: en el tronco había un hueco que brillaba suavemente, como si hubiese luz dentro.

—¿Ves eso, Grillo? —susurró Pico curioso.

—¡Sí! Vamos a ver que es... —respondió Grillo entusiasmado.

Cuando ya estaban cerca, una ráfaga de viento los empujó suavemente y... ¡zas!, fueron absorbidos por el hueco mágico.



De pronto, todo cambió.

Aparecieron en un valle inmenso, soleado, lleno de flores gigantes, volcanes lejanos y... ¡dinosaurios! Pero no eran temibles, sino amables y sonrientes. Una triceratops de colores pastel les dio la bienvenida.

—¡Hola, pequeños visitantes! —dijo con voz cálida—. Soy Lila.

—Hola, Lila, nosotros somos Pico y Grillo —se presentó Pico—. Hemos llegado hasta aquí a través del hueco de un viejo árbol.

—¡Guau! ¡Qué divertido! —dijo Lila—. Venid conmigo, os presentaré a mis amigos.

Se fueron paseando tranquilamente. Pico y Grillo iban subidos encima de Lila, mientras esta les iba contando curiosidades del lugar y les iba presentando a otros dinosaurios.

Pico y Grillo pronto hicieron muchos amigos: Benjamín, un diplodocus tímido que amaba cuidar flores, y Pelusa, una joven tiranosaurio vegetariana que prefería contar chistes antes que rugir.

Juntos jugaron, aprendieron canciones, contaron historias y descubrieron que, aunque eran muy distintos, todos podían convivir con respeto y alegría.

—¡Qué de amigos sois aquí! —dijo Grillo.

—Aquí nadie es juzgado por ser diferente —les explicó Lila—. Cada uno tiene algo valioso que aportar, y por eso nos llevamos todos tan bien.

Cuando empezó a oscurecer, se fueron junto a sus amigos en busca del hueco del árbol y, según se iban acercando, el hueco comenzó a brillar de nuevo.

—Es hora de volver —dijo Pico con un poco de tristeza.

—Nunca os olvidaremos —dijo Grillo.

—Pero tampoco olvidéis nunca lo aprendido —añadió Pelusa—: ser bueno con los demás une mundos.

Todos se dieron un abrazo como despedida.

Al atravesar el hueco del viejo árbol, regresaron al bosque, al pie del árbol centenario. La lluvia había terminado.

Desde ese día, Pico y Grillo supieron que la magia existe para quienes tienen el corazón abierto y que la amistad, el respeto y la aceptación pueden hacer de cualquier lugar, incluso de uno lleno de dinosaurios, un hogar.

